le contaron. Ella lo escuchó con avidez, con una especie de voluptuosidad salvaje y sin interrumpirlo más que con estas palabras: «¡Pobrecillo! ¡Pobre hijo!» que se escapaban á cada instante de sus labios.

—De modo, dijo, que ya se acabó: ha muerto. ¡Todos los demás han venido, y sólo él no ha de volver jamás! Pues bien, señor cura, voy á confesaros una cosa: me sucede lo que me merezco. Dios me ha castigado, y ha hecho bien. Era una mala madre No os digo más que la verdad. Yo había perdido otros dos hijos. Murieron entre mis brazos; recogí su último suspiro; los amortajé con mis propias manos. Debía pasar mi vida llorándolos, y al cabo de algunos años casi los olvidé. Marcos los reemplazó en mi corazón. Me enorgullecía de su hermosura, me embriagaba con su cariño. Ya no pensaba en los otros dos. Dentro de algunos días mi marido debía venir á reunirse con nosotros. Nos separamos tristes y debíamos reunirnos muy alegres. No: eso es ser demasiado dichosa, y yo no tengo derecho á serlo tanto. Dios me ha castigado; no me quejo.

Habló largo rato con febril volubilidad. Llegó hasta á formular acusaciones contra sí misma por no haber cumplido bien sus deberes de vigilar á Marcos.

—Yo soy quien lo ha perdido, decía; por culpa mía ha muerto. El cielo no había dejado de advertírmelo. El mar, que tanto le gustaba, me causaba miedo, espanto. Algo me decía continuamente que el mar lo atraía sólo para devorarlo. Debí haber estado velando de continuo, y me dormí cobardemente.

Ni un gemido, ni una lágrima; sólo algunos ahogos, frecuentes angustias, y también, de cuando en cuando, pasajeros accesos de locura.

—No hagamos ruido; hablemos más bajo. Están durmiendo ahí los tres juntos. He corrido las colgaduras para que la luz no les moleste. Legoff los ha encontrado en la meseta de la Roca de las Gaviotas. Están muy fatigados. Cuando despierten os los enseñaré. El mayor se llama Armando; el segundo Alfredo; el otro, el pequeño, es Marcos. ¡Ya veréis qué hermosos son los tres!

El cura de Batz no era ciertamente ni un Bossuet ni un Massillon; pero las lágrimas que corrían por sus mejillas eran más elocuentes que un sermón.

—Señora, le dijo por fin; soy muy viejo. Durante mi larga vida, he visto de cerca muchos infortunios; pero ninguno que fuese comparable al vuestro. Seguramente sois la criatura más digna de compasión que he encontrado en este valle de lágrimas. La gente no puede hacer nada por vos; apoyáos en la mano que os pone á prueba, porque es la única que puede socorreros. Dios no os castiga, ya lo he dicho, sino que os pone á prueba. Os marca con el sello de sus elegidas. Y no es eso todo, hija mía. No perdáis de vista que también tenéis deberes que cumplir aquí abajo: sois una esposa cristiana. Vuestro marido es tan digno de compasión como vos; hoy más que nunca necesita vuestro cariño.

—Sí, es verdad, tenéis razón. Ese niño era su vida. ¡Es preciso que no venga! ¡Es preciso evitar que venga! Voy á escribirle; le prepararé.... pero ¿qué decir, Dios mío? ¡Ayúdame, porque estoy loca!

No sabía qué escribir.

Al recoger sus papeles esparcidos, puso la mano sobre un pliego que había llevado el correo, y que estaba allí desde el día anterior.

Rompió el sobre, y leyó la carta siguiente:

«París, 14 de Septiembre.

¡Ya no puedo resistir más! Tú lo has dicho; los intereses no son el gran interés de la vida. ¡Oh, queridos míos, única alegría de mi corazón! voy á reunirme con vosotros! ¡Mi mujer, mi hijo del alma, voy al fin á estrecharos entre mis brazos! ¡No tengo más que á vosotros en el mundo, Señor mío! Nada más que á vosotros, porque nada vale lo demás. Salgo mañana, en el expreso de la tarde. Esta carta la recibiréis un día antes de mi llegada. Soy sencillamente el más feliz de los hombres; no hay dicha que pueda igualar á la mía.

H.»

—Señor cura, dijo, llevadme de aquí. Ha salido, viene, estará aquí dentro de una hora. ¿Qué queréis que le diga? ¡Que ya no tiene hijo, que su hijo ha muerto! ¡Eso es imposible! Dios no exige que yo diga eso. Llevadme de aquí, ó más bien quedaos vos. Sí, quedáos; por favor, por lástima. Yo volveré cuando él me llame. Vos sois bueno, señor cura, y sabéis hablar al corazón á los que son desgraciados. Decidle que vivo y que tendré la fuerza de vivir. Viviremos el uno para el otro con la esperanza de encontrar, en otra vida, los séres queridos que hemos perdido.

Al decir estas palabras, había notado que su corazón dejaba de latir.

Pasó rápidamente su pañuelo por sus ojos, y abrochándose con precipitación iba á precipitarse fuera de la habitación, cuando de pronto se oyó el rodar de un carruaje por el empedrado del muelle.

Era el coche de Guérande.

Quiso huir; tenía los pies como clavados al suelo.

El carruaje se había detenido.

Un ruido de pasos se oía por la escalera.

La infeliz se dejó caer en una silla, y se cubrió la cara con sus manos.

El cura se había puesto de pie y miraba á la puerta.

La puerta se abrió bruscamente, y apareció el Sr. Henry.

No sabía nada, y llegaba radiante.

—¡Vete, vete! exclamó su mujer, sin atreverse á levantar la cabeza.

Y no pudo decir más; su voz se ahogó en un sollozo

—¡Valor, caballero! dijo el cura: Dios os somete á una nueva prueba....Valor... por vos... y por ella!

El Sr. Henry se detuvo en el umbral, con la mirada asombrada y las facciones descompuestas.

—¡Marcos! exclamó al fin con voz desgarrada.

—¡Marcos! repitió precipitándose á la cama de su hijo.

—¡Marcos! gritó por tercera vez, descorriendo las colgaduras con un gesto desesperado.

Encima de la colcha había una cosa envuelta en un mantón.

Al tercer grito, más fuerte aún que los dos primeros, el mantón empezó á moverse, y lo que había envuelto en él dió un salto al cuello del Sr. Henry, diciendo:

—Buenos días, papaíto.

XXI

Cuándo hubo jamás día más pródigo en emociones de todas clases! La noticia había circulado por la aldea. Marcos no recordaba nada desde el momento aquel en que se sintió arrastrado por las olas. Hablábase de milagro: un ángel había recogido al niño y lo había llevado á su cama.

Todos los habitantes, reunidos en el muelle, asediaban la casa de la señora de Henry, y pedían que les dejasen ver á Marcos, demasiado débil aún para poder bajar; la señora de Henry tuvo que asomarse á la ventana y presentarlo á las gentes maravilladas. Sentado á la puerta de la calle, y completamente extraño á todo lo que ocurría, Bibia almorzaba tranquilamente una corteza de pan duro y una cebolla cruda.

Sin embargo, después de los primeros momentos de alegre locura, la madre había reconocido el mantón en que estaba envuelto su hijo; era el que había dejado en manos de Bibia.

¿Quién había de creer que Bibia hubiese jugado un importante papel en la aventura? Sólo la señora de Henry, sin poder explicarla, entreveía la verdad. Antes de que la luz se hiciese en su inteligencia, se hacía en su corazón: la inteligencia busca; el corazón adivina.

Un bote que desapareció del puerto durante la noche acababa de ser encontrado en el fondo de la ensenada, cerca de Batz, y sin ningún tripulante á bordo.

He aquí lo que se averiguó por la tarde.

Había en la costa, por encima de la pequeña bahía donde estaba varado el bote, una choza habitada por un matrimonio pobre. El marido estaba enfermo, la mujer pasó la noche á la cabecera de su cama. Una hora antes de amanecer abrióse la puerta como impulsada por una ráfaga de viento, y entró Bibia con un niño en brazos.

El niño estaba envuelto en su mantón, sin conocimiento y medio muerto de frío; Bibia parecía transfigurado; sus ojos brillaban como dos ascuas. Apenas entró, echó dos leños en la chimenea, colocó al niño cerca de la lumbre, y mientras lo mecía en sus rodillas, iba vertiéndole gota á gota en la boca el contenido de un frasco de cuerno que sacó de su morral; todo esto con la inteligencia y el cariño de una madre. Veinte minutos después se fué como había ido, llevándose al niño dormido en sus brazos.

El ángel era Bibia. ¡Cómo! se dirá: ¿aquel monstruo, aquel malvado, aquel idiota? Pues bien, sí; había bastado la bondad de una

mujer, las caricias y la gracia de un niño para echar en aquel lodo un germen de afecto, de gratitud y de abnegación. Aquel germen indolente, casi inerte, brotó de pronto ante la desesperación y el furor de la madre. El idiota comprendió al fin que Marcos se había ido con los otros, y que su vida se encontraba en peligro.

Instintivamente, tal vez sin conciencia del acto prodigioso que iba á realizar, como un proyectil al impulso recibido, el idiota corrió al puerto, desatracó un bote, bogó hacia la Roca y llegó á punto de coger al niño, á quien arrastraban las olas. Dios le había guiado. La luz hecha en él no duró más que algunas horas: una vez realizada su misión, terminada su obra, el pobre idiota cayó de nuevo en su habitual estupidez, y ni siquiera se acordó. Por más que la señora de Henry lo volvió y lo revolvió en todos sentidos, no hubo estremecimiento interior alguno en él que conmoviera su caparazón informe.

—¡Abrázalo! dijo ella á Marcos, echándolo al cuello del idiota.

Bibia miró primero á la madre y luego al hijo. Llevó á sus labios un dedo de la mano, el que le curó la señora de Henry, y se alejó.

Cuando llegué yo á Pouliguen, la aldea estaba apenas repuesta de estas emociones. Al día siguiente asistí á una ceremonia conmovedora. Desde por la mañana, todos los niños, vestidos con la ropa de los días de fiesta, estaban formados en fila en el muelle. Al primer toque de las campanas echadas á vuelo, el cortejo se puso en movimiento, y se dirigió por la costa hacia el pueblecillo de Batz. Con los pies descalzos y cada cual con un cirio en la mano, salieron en peregrinación á la capilla de la Virgen: era una promesa que hicieron en el momento supremo, en la Roca de las Gaviotas, á Nuestra Señora del Buen Socorro.

Las familias salieron en pos de ellos; el señor y la señora de Henry cerraban la marcha. A la misma hora, el cura de Batz y su vicario, precedidos de la cruz y el estandarte, y seguidos por los habitantes del pueblo, avanzaban procesionalmente al encuentro de los pequeños peregrinos. Hombres y mujeres llevaban puestos sus pintorescos trajes que parecen tomados de una región oriental, y los cuales no ha modificado el tiempo, ni siquiera en una época en la cual la originalidad del traje ha desaparecido por completo con la originalidad de las costumbres y del carácter. A la mitad del camino, las dos comitivas se fundieron en una sola. El cura entonó un salmo religioso, que todos repetían á coro. Un sol magnífico iluminaba el cuadro; el ruido del mar, grave y solemne como el de un inmenso órgano, acompañó los cantos religiosos.

Después de la misa, el anciano sacerdote bajó las gradas del altar, y pronunció esta corta alocución:

"Mis queridos hijos:

"Habéis desobedecido á vuestros padres, y Dios os ha castigado. En presencia del peligro común os habéis ayudado mutuamente y Dios os ha socorrido. A la vista de la muerte habéis rogado á Dios, y Dios os ha salvado. ¡Que todo esto os sirva de enseñanza! Sed sumisos y respetuosos con vuestras familias; no disgustéis á vuestras madres; amaos los unos á los otros; y suceda lo que suceda, poned vuestra confianza en el cielo. Ya sabéis qué manos han salvado al pobre Marcos. Al principio creímos que lo había recogido un ángel. El milagro subsiste lo mismo, puesto que Dios, en su bondad, se digna algunas veces servirse de instrumentos humildísimos para realizar designios; aprended con eso á ser buenos y á no despreciar á nadie."

Una agradable sorpresa esperaba á nuestros amiguitos á su regreso á Pouliguen. Por orden del Sr. Henry se había levantado en la playa una gran tienda de campaña; dentro de ella había una cueva improvisada, copiosamente guarnecida de fiambres y de dulces, acompañados de frutas del tiempo y de botellas de buen vino. La presidencia de la cueva fué ofrecida á Marcos, quien declinó este honor, designando á Legoff como el más digno de ocuparle. El pequeño héroe no se hizo rogar, y así como en la Roca de las Gaviotas había dado ejemplo de bravura, de presencia de ánimo y de actividad, así en la mesa se sobrepuso por su feroz apetito á todos los demás convidados y demostró que también merecía ser su jefe en aquel nuevo campo de batalla.

Los señores de Henry pasaron algunos días más en Pouliguen. Esos cuantos días fueron muy bien empleados. Repararon la pérdida experimentada por Legoff, regalándolo una lancha nueva y completamente aparejada, que compraron en el puerto de Nantes. El pescador, agradecido, quiso que llevase el nombre de Marcos, el cual fué inscrito con letras doradas en la popa de la embarcación. El nieto de Tomás I recibió un reloj de plata, con estas palabras grabadas en la parte interior de la tapa: "A Pedro Legoff, de edad de doce años, recuerdo del 15 de Septiembre." Ya se supondrá que no fué olvidado Bibia; pero ¿que hacer por aquel desgraciado? Primero pensaron en regalarle una cabaña á orillas de mar, ó asegurarle un asilo en un establecimiento benéfico. Por una parte, la propiedad, por pequeña que sea, exige cuidados y administración, que Bibia no hubiera podido tener; por otra parte, la vida sedentaria en una casa de caridad era demasiado opuesta á sus hábitos de vagabundo. Contentáronse, pues, con recomendarlo al cura de Batz, dejando en su poder una cantidad bastante para subvenir á las modestas necesidades de aquel pobre diablo.

Por fin llegó el momento de la partida. La familia Henry, escoltada por todos los habitantes de Pouliguen, fué á pie hasta Guérande. Allí se verificó la separación. Marcos tenía el corazón en un puño. En el momento de subir al carruaje abrazó á todos sus amiguitos. La señora de Henry fué abrazada por todas las madres. Algunas horas después estaban embarcados en el vapor que hace el servicio de viajeros por el rio Loira. Bibia los había seguido corriendo por la orilla hasta Saint Nazaire. Allí permaneció mucho tiempo en el muelle, inmóvil, plegado por la mitad del cuerpo, con la mirada fija en el vapor que se alejaba, y cuando lo perdió de vista, asomaron gruesas lágrimas á sus ojos, los cuales jamás hasta entonces habían llorado.

EPILOGO

XXII

Ahí tienes, mi querido Pablo, el regalo que te había prometido. Pudiera dejarlo ahí; pero supongo que te interesas por Marcos y que tienes curiosidad por saber lo que fué de él cuando creció. Para satisfacerte lo seguiremos hasta el día en que, muy joven aún, tomó puesto entre los hombres útiles á su país.

No pidas á estas últimas páginas las peripecias de la Roca de las Gaviotas; hemos concluido con las emociones violentas, con la acción, con el movimiento. Vamos á entrar en un orden de ideas más tranquilas; vamos á encontrar de nuevo en el interior de su hogar á séres que tú ya conoces: un padre que es el honor y la lealtad personificados, una madre cariñosa, una esposa llena de abnegación, sin más alegrías que las del hogar doméstico; al penetrar en su intimidad podrás hacerte la ilusión de que no te has separado de tu familia.

El viaje fué una serie de distracciones y de delicias. El otoño aquel año era de una magnificencia excepcional, y lo aprovecharon para alargar el camino y multiplicar las excursiones.

Clisson los detuvo algunos días á orillas del Sévre nantés; luego remontaron el Loira y visitaron de etapa en etapa Chenonceaux, Chambord, Amboise, todos los sitios de recreo, todos los castillos, todas las ruinas que solicitaban su curiosidad. Por fin volvieron á París, y aun cuando siempre es agradable volver á tomar posesión de sus hábitos y de su hogar, el regreso, sin embargo, no estuvo totalmente exento de turbación y de tristeza. Ya se recordarán los temores que la señora de Henry dejaba ver á propósito de Marcos en una de las últimas cartas que escribía á su marido. ¿Qué harían metidos en su entresuelo de París con aquella golondrina de los mares?

En efecto; apenas regresó Marcos, se sentía ya como un pájaro metido en una jaula. La señora de Henry, á su pesar, se había acostumbrado también al aire libre y á los